

de la academia chilena de la historia

Señoras y señores:

La Academia Chilena de la Historia me ha conferido el honor de expresar sus sentimientos de tristeza ante la muerte de D. Luis David Cruz Ocampo, que perteneciera al Ilustre Cuerpo como individuo correspondiente por Concepción.

El señor Cruz Ocampo fue un ser escogido, de vasta y bien cimentada cultura, y de sensibilidad exquisita, atributos que guiaron sus inquietudes del espíritu por el campo del Derecho, de la Filosofía, de la Literatura y de la Historia, disciplinas en las que se distinguió por su talento, su clara percepción, sus métodos expositivos y por la elevación de sus reflexiones.

Llevado por su inclinación al análisis del saber humano y al desarrollo del pensamiento, como a las normas educativas con empuje progresista, fue uno de los primeros propulsores de la creación de la Universidad de Concepción, de la que fue su segundo Secretario General, funciones que desempeñó por casi un lustro, a la vez que tomaba cumplidamente a su cargo las cátedras de Derecho Internacional, de Historia del Derecho y de Filosofía. Asimismo, en su afán por la extensión de la cultura, fundó la revista "ATENEA", prestigiosa publicación de la universidad penquista.

Producto de su gran contenido intelectual fueron diversos artículos aparecidos en revistas y periódicos de calidad, como también sus conferencias sobre variados e interesantes temas, en que vació su ciencia y sus agudas observaciones. Su libro "La intelectualización del arte", publicado primeramente en francés y después en habla castellana hace medio siglo, en respuesta a "La deshumanización del arte", del gran Ortega y Gasset, fue objeto de juiciosos comentarios de los ensayistas y filósofos de la época, y relevó su fina penetración de crítico ponderado y la macicez y amplitud de sus conocimientos, dando brillo a las letras y cultura chilenas en el mundo intelectual.

El académico señor Cruz Ocampo fue una mezcla feliz de historiador, de filósofo y de jurista, que en sus escritos y charlas, de claro molde ético, dejó un rastro señero de sabiduría. En él primó el valor del espíritu, que lo acompañó en sus momentos venturosos y le sirvió de alivio y sostén en las duras horas de prueba que debió soportar.

Nacido en Concepción en 1891, educóse en el viejo Seminario Conciliar de esa ciudad, y estudió Derecho en el antiguo Curso de Leyes de Concepción, dejando en ambos planteles fama de sobresaliente alumno. Quiso mucho a su tierra natal que siempre recordaba con emoción, y de la cual nunca se sintió desligado, aun desde lejanos lugares.

La política no le atrajo, aunque fue regidor por Concepción y sirviera los cargos de Ministro de Educación Pública y de Embajador en la Santa Sede y en Rusia. Su sitio estaba en la cátedra, en el silente rincón de su sala de estudio, rodeado de sus libros predilectos, estaba en la postura apacible del

pensador; ahora permanece en el recuerdo inefable de quienes lo trataron, y al pie del Supremo Hacedor, en espera del premio por sus muchas virtudes: de ciudadano, de amante jefe de familia, de amigo ejemplar, de maestro humano y docto, de sabio reposado y profundo.

La Academia Chilena de la Historia ha querido rendir a su memoria este homenaje por intermedio de otro miembro correspondiente por Concepción, y este cometido lo cumplo con fervor respetuoso en tal carácter, y, al mismo tiempo, en el sencillez y fraternal de amigo y coterráneo, de discípulo de sus enseñanzas y de admirador de su valioso intelecto.

NOTA: Discurso pronunciado por el académico correspondiente D. Zenón Urrutia Infante, a nombre de la Academia Chilena de la Historia, en los funerales de D. Luis David Ocampo, correspondiente que fuera por Concepción, efectuados en el Cementerio Católico de Santiago, el 19 de agosto de 1973.

del ministerio de relaciones exteriores

Como hombre sabio que fue, don Luis David habría preferido quizás un homenaje de recogido silencio ante su tumba. Como hombre justo y comprensivo; sin embargo, habría apreciado el sentido que pretenden tener estas palabras de un colaborador y amigo que expresa los sentimientos de todos cuantos lo conocieron y quisieron como Asesor Jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Don Luis David llegó a la diplomacia en su edad madura, cuando ya había dejado una huella indeleble en la sociedad chilena como pensador, crítico de arte, abogado, universitario y estadista. Después de permanecer en Europa ocho años críticos como Embajador, llegó al Ministerio en 1948, entregando al Estado, también en esta última etapa de su vida pública, dieciséis años fecundos y plenos, a través de múltiples vicisitudes políticas y sociales.

Fue respetado por gobernantes, autoridades del Ministerio y funcionarios, no sólo por su labor en materia de derecho internacional —disciplina que cultivó particularmente— sino por su porte y estilo moral e intelectual que, como hombre genuinamente culto, se diseñaba de manera indeleble en todos los actos y gestos de su vida.

Debería intentarse, ante la pérdida irreparable que hoy sentimos, definir la manera cómo este hombre eminente encarnó valores permanentes de nuestra personalidad nacional, recogiendo al mismo tiempo los elementos que mejor se ajustaban a su temperamento y carácter, de la cultura universal.

Sería arrogante e inmoderado (2 vicios morales detestables para el amigo que despedimos) que yo pretendiera, y aquí y ahora, esa definición de una vida ejemplar. La verdad es que esta última expresión, de reminiscencias clásicas, se ajusta a uno de los elementos de la filosofía de don Luis David. Conocía y apreciaba la cultura clásica greco-romana, suavizada en él por sus lectu-